

Una heredera  
de Barcelona

Sergio  
Vila-Sanjuán



# Una heredera de Barcelona

Sergio  
Vila-Sanjuán

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1173

© Sergio Vila-Sanjuán, 2010

© Ediciones Destino, S.A.  
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona  
www.edestino.es

Primera edición: febrero de 2010

ISBN: 978-84-233-0000-0

Depósito legal:

Impreso por

Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

# Prólogo

Tras la muerte de mi padre en el año 2004 encontré en su despacho unos cuantos archivadores que guardaban papeles de mi abuelo, parte de los cuales constituyeron una sorpresa para mí y me hicieron reconsiderar ciertos aspectos de su trayectoria.

Pablo Vilar, abogado y periodista en activo hasta el final (murió con noventa años en diciembre de 1982 y publicó su último artículo pocos meses antes), me pareció siempre un hombre muy serio, algo envarado y de extremado formalismo. No le traté demasiado, ya que raramente venía por casa: a lo largo de mi infancia, mi padre me había llevado algunas veces —no muchas— a comer con él al suntuoso restaurante del hotel Manila, donde residía, ya que el propietario, un viejo amigo, le brindaba un trato especial a cambio de que organizara algunos ciclos anuales de conferencias. En mi adolescencia le fui a ver en varias ocasiones al Ateneo barcelonés, donde solía trabajar y pasaba buena parte de su jornada. Pese a su cortesía y a la existencia supuestamente interesante que había llevado, la comunicación no brotaba con demasiada fluidez. Con su cabeza er-

guida, su potente calva de senador romano, sus camisas de cuello duro y sus anchas corbatas de nudo perfecto —siempre elegante, aun en las épocas económicamente más inestables—, y por su forma de hablar, de vocalización perfecta y adjetivación florida, despertaba más respeto que cariño y me parecía excesivamente identificado con el personaje de «señor de Barcelona» que recuerdan cuantos le conocieron; un modelo de vida que en aquel momento de grandes cambios, años setenta, me parecía casi incomprendible.

Por mi parte, con la petulancia de la juventud y mis melenas, pantalones tejanos y libros contraculturales a cuestras, en aquel momento veía el mundo de mi abuelo y los escritos donde lo reflejaba, no ya antiguos, sino completamente obsoletos. Quizás por ello, en ningún momento me planteé sentarme a su lado durante algunas horas e interrogarle a fondo sobre su experiencia vital, como tampoco se me ocurrió grabar sus recuerdos (por aquella época yo ya empezaba a trabajar como periodista), cosa que ahora lamento mucho no haber hecho.

Mi abuelo publicó muchísimos artículos y algunos libros que tuvieron menos resonancia que su labor periodística: entre ellos, un ensayo juvenil sobre su mentor, Eduardo Dato, y una biografía, muy posterior, de su amigo el actor Enrique Borrás. De los archivadores que encontré en los cajones de mi padre, con el cartón descolorido y los cierres oxidados, los tres primeros contenían los originales mecanografiados, con correcciones a mano, de un centenar de sus colaboraciones, especialmente de las que enviaba en

los años sesenta y setenta a *El Noticiero Universal* (el periódico en el que había escrito desde su juventud y que prácticamente nunca abandonó), *La Vanguardia* (donde firmó, hay que decir que con mucho éxito, desde 1956 hasta su fallecimiento) y *La Gaceta Ilustrada*, donde publicó durante algún tiempo.

Cotejé estos escritos, recogidos en folios doblados donde se indicaba su destino, con los que aparecieron finalmente publicados en los dos diarios y la revista: tarea muy fácil por lo que respecta a *La Vanguardia*, donde yo mismo trabajo desde hace tiempo (ingresé varios años después de su muerte), gracias al archivo digital que podemos utilizar los periodistas de la casa, hoy también a disposición del público. Constaté que no había variaciones sustanciales.

Muy diferente es el caso de las dos series de inéditos que encontré en otros cinco archivadores. La primera serie la constituía el borrador de una novela sobre la guerra civil española y, dada la fuerza del tema, me zambullí inmediatamente en la lectura. Sin embargo, no era fácil seguirla, ya que los centenares de páginas escritas a mano, con pluma, respondían a varios órdenes de numeración —todos ellos mezclados, con lo que hubo que reordenarlos— y combinaban diferentes líneas argumentales. La tinta se había descolorido y, además, muchas páginas se habían mojado en algún momento y apenas podían leerse.

En la trama que mejor pude reconstruir, el narrador, un claro trasunto de mi abuelo, describía distintas escenas de la retaguardia en Sevilla y San Sebastián, donde él mismo se había refugiado al

inicio de la contienda tras su accidentada fuga de la Barcelona revolucionaria. El asunto principal era la historia amorosa entre un romántico joven catalán enrolado en los requetés y una hermosa y algo depresiva muchacha que, acompañada de su madre, una viuda de buen ver, sigue al soldado en sus combates y se aloja lo más cerca posible de sus distintos campamentos en los diversos escenarios de la España ya ocupada por las tropas de Franco. Algunos capítulos incluían amarillentos recortes de prensa de los años 1937 y 1938. Llegué a la conclusión de que mi abuelo la había escrito en plena guerra, tal vez para compensar la inactividad a la que se vio sometido.

En algún momento de su juventud, cuando vivía en Madrid en los primeros años del siglo XX, el padre de mi padre había frecuentado el trato de Eduardo Zamacois y El Caballero Audaz, incluso había publicado alguna novela breve en *El cuento semanal* y *Los contemporáneos*, y algo del tono un punto enfático y cursilón —perdona, abuelo— de esa generación de novelistas se había adherido a su narrativa, que, en cambio, no se había contagiado de su erotismo; al menos, de forma aparente, ya que más interesante que la historia de amor principal, llena de tópicos y de hospitales de guerra, era la relación de la viuda con una serie de pretendientes maduros que la cortejaban púdicamente en el abigarrado escenario de la retaguardia nacional.

Cuando llevaba leídas más de quinientas cuartillas y vi que aún me quedaban por abordar otras tantas decidí tomarme un respiro y aparcar el estu-

dio de este manuscrito para centrarme en el segundo, más breve, que constaba de apenas cuatrocientas hojas.

Este segundo borrador también requería una clara vocación criptográfica. Abundaban los párrafos que no se entendían, numerosos capítulos habían quedado inacabados y resultaban incontables las páginas que, posiblemente en una revisión posterior, habían sido sometidas a vigorosas tachaduras.

No obstante, lo más intrigante respecto a este material era el género al que debía adscribirse. Por un lado parecía una evocación autobiográfica, la narración de unos recuerdos de juventud, con numerosos fragmentos que sonaban a pura crónica periodística; pero, por otro, dado el carácter de algunos pasajes —incluido el arranque del texto, que recuerda a los típicos comienzos de los episodios del Sherlock Holmes de Conan Doyle—, tenía un claro tono de novela policíaca salpicado de intriga política.

Pensamos que los viejos siempre han sido viejos, pero este episodio de los años formativos de mi abuelo me fascinó, tanto por lo que revelaba de su propio carácter como por la luz que proyectaba sobre ciertos ambientes de su tiempo; pero, sobre todo, por cierta ingenuidad animosa que transmitía y que me resultó entrañable.

Cuando pude acotar un texto principal mínimamente comprensible, constaté dos cosas. Primero, que al menos buena parte de lo que mi antecesor explicaba era completamente real y había sucedido en la Barcelona de 1919-1922; segundo, que por alguna razón había decidido cambiar los nombres de



varios de los protagonistas, que, sin embargo, para cualquiera que tuviera un mínimo conocimiento del periodo resultaban claramente reconocibles.

Decidí contrastar el inédito con otras fuentes y recurrí de nuevo a la eficaz hemeroteca digital de mi diario y al registro, también digitalizado, de *El Noticiero Universal* en los años anteriores a la guerra civil, que puede consultarse en el Archivo Histórico de Barcelona. A partir del nombre y apellido encontré muchas referencias a los casos en los que mi abuelo había participado como abogado en los años diez y veinte, y comprobé que coincidían con los que aparecían en el texto. Una visita a los archivos de la Audiencia de Barcelona acabó de corroborar esta coincidencia.

Por lo que respecta a distintos personajes del periodo —políticos, escritores, actores, figuras de la ciudad—, también observé que coincidían a menudo con la serie de evocaciones que bajo el título de *Memorias de un cronista* publicó en *La Vanguardia* entre 1971 y 1973 y que le valieron en enero de 1974 el premio Ciudad de Barcelona de periodismo. Acudí con mi padre a la ceremonia de entrega y me enorgullecí al ver a aquel anciano, tieso como un palo, con sus gruesas gafas, signo de una vista ya muy deteriorada, sin duda el decano de entre la veintena de galardonados presentes, recibéndolo con dignidad episcopal de manos del alcalde. Cuantas veces he regresado después al Saló de Cent del ayuntamiento barcelonés, que han sido muchas, me ha vuelto a la memoria aquella escena.

¿Qué hay de realidad y qué hay de ficción en estas páginas? Un suelto anónimo, publicado en la sección

*Conferencias de La Vanguardia* el 22 de marzo de 1963, informaba de que mi abuelo había impartido, en la cripta de la peña El Trascacho, una charla titulada *Cuatro figuras de los años veinte: el general López Ballesteros, Ángel Lacalle, Isabel Enrich y el conde de Güell*. «El conferenciante —rezaba el texto—, en una disertación modelo de amenidad y penetración psicológica, hizo una síntesis rapidísima y objetiva de cada una de las figuras citadas, amenizando la descripción de sus siluetas espirituales con profusión de anécdotas curiosas e inéditas de los cuatro y adelantando, en guiones sucintos, cuanto de tales personajes y muchas figuras más de su época, así como de sucesos políticos y sociales de los años veinte, forman el libro que está escribiendo el señor Vilar.»

Bien, ese libro del que hablaba el suelto nunca llegó a publicarse.

¿Es acaso el texto que ahora estoy presentando, y cuyo original encontré entre los papeles de mi padre, el mismo que mi abuelo anunciaba en 1963? No soy un experto en dataciones, pero este manuscrito, con su papel en mejores condiciones y una letra menos vigorosa, como acusando la edad del autor, parecía mucho más reciente que el de la novela sobre la guerra civil. Es plausible, por tanto, que lo escribiera en los años sesenta. Ciertas confidencias que aparecen en la historia respecto a su vida privada así me lo hacen pensar, ya que siendo un hombre de orden como era, dudo que se hubiera sentido cómodo poniéndolas por escrito en vida de su mujer. Puesto que enviudó en 1959, me inclino a pensar que escribió su relato con posterioridad a esta fecha. Mi tesis,

en suma, es que, con setenta años cumplidos, mi abuelo decidió evocar una historia que da comienzo en 1919, cuando tenía veintisiete.

Pero, entonces, ¿por qué no la publicó en vida, ya que amigos editores no le faltaban? ¿Y por qué quiso imprimirle un tono tan novelesco y a la vez autobiográfico, en vez de ceñirse al tratamiento objetivo e histórico que se deducía de la recensión de la conferencia? No tengo respuesta para estas preguntas. En cambio, constaté enseguida, en el texto que ahora presento, que los cuatro personajes a los que dedicó su conferencia —López Ballesteros, Lacalle, Isabel Enrich y el conde de Güell— ni reciben igual atención ni son los únicos protagonistas del relato, aunque es cierto que su interrelación resulta esencial para entender los hechos.

Por lo que a mí respecta, sólo sé que la historia de juventud de Pablo Vilar me ha resultado tremendamente sugestiva, exponente como es de algunos dilemas que continúan siendo actuales, y su mundo me parece ahora más próximo e interesante de lo que lo fue nunca; al menos, lo bastante para dedicar algunos meses a ordenarla, fijarla y, si he de ser sincero, reconstruirla allí donde encontraba vacíos, fragmentos ininteligibles o finales demasiado bruscos. He recurrido a los archivos ya citados y a algunos otros, a documentación de la época y a bibliografía actual sobre aquel periodo, para precisar detalles que me parecían borrosos. En cuanto al lenguaje, en algunas partes lo he actualizado y en otras he respetado giros y expresiones que, aunque inusuales en la actualidad, transmiten cierto sabor de la época. Y no he te-

nido reparo en redondear, con mejor o peor fortuna, ciertos giros argumentales que me resultaban excesivamente deshilvanados ni en acabar de perfilar algunos personajes. Creo que alguien tan pulcro como mi abuelo lo habría admitido, si no, directamente, solicitado. Asimismo creo firmemente que, de no haber deseado en el fondo de su corazón que este texto llegara algún día a manos de los lectores, lo hubiera hecho desaparecer sin el menor escrúpulo.

SERGIO VILA-SANJUÁN